

pesaba sobre su cabeza le causaba una turbacion involuntaria que jamás las balas habian producido en su intrepido corazon. Incomodado por dos buques enemigos que habian venido á observarle desde muy cerca, el cater *Sprightly* y la fragata *Suceso*, les dió caza y apresó á los dos. En fin, pasó al estrecho y cruzó el Mediterráneo, no teniendo ya que hacer otra cosa sino forzar velas y dirigirse hácia el Oriente. El almirante Warren en efecto se mantenía en la rada de Mahon, y el almirante Keith, embarazado con doscientos transportes, no habia dejado todavía las aguas del Asia Menor. Estaban, pues, libres las playas del Egipto, y se podia llevar al ejército francés los socorros que esperaba impacientemente, y que hacia tanto tiempo le tenian anunciado; pero Ganteaume, siempre inquieto por la suerte de sus escuadras, y mas todavía por la de los muchos soldados que llevaba á su bordo, se alarmaba á la vista de los menores buques que encontraba. Suponiendo entre él y el Egipto una escuadra enemiga, que no existia, lo que mas le arredraba era el estado de sus bajeles, temiendo que si era preciso precipitar su marcha delante de un enemigo superior, no pudiera verificarlo con arboladuras maltratadas por la tempestad, y reparadas precipitadamente en el mar. Habia, pues, perdido toda confianza, y descontento de la fragata *Valentia* que no era tan velera como queria, quiso deshacerse de ella y dirigirla hácia Tolon. Su intencion era escoltar á dicha fragata durante una parte del viage, á fin de salvarla de los cruceros enemigos; mala razon por cierto, porque valia cien veces mas comprometer la suerte de una

fragata que la de su mision. De resultas de esta falta, fué observado por el almirante Warren que se apresuró á salir de Mahon. Ganteaume, para imponerle miedo fingió darle caza. El intrépido capitán Bergeret que mandaba el navio francés el 10 de agosto, avanzando mas pronto y mas lejos que los demas, vino á reconocer á los ingleses desde muy cerca, y no vió mas que cuatro navios y dos fragatas. Sobrecogido de alegría, creyó que superiores á los ingleses, íbamos á marchar sobre ellos para perseguirlos ó atacarlos. Pero de repente recibió la señal de cesar la persecucion é incorporarse á la escuadra. Desconsolado este valiente oficial, se puso desde luego en comunicacion con Ganteaume, y le repitió que sus vigias le habian engañado, puesto que no tenian á la vista mas que cuatro navios: ¡vastos esfuerzos! Ganteaume creyó ver siete ú ocho, y resolvió dirigir su rumbo al Norte. Sin embargo, era cierto (como han probado despues los partes del almirante Warren) que no teniamos delante de nosotros mas que cuatro buques enemigos (1). Ganteaume se aproximó pues al golfo de Leon, para despachar á la fragata *Valentia*, y habiendo visto otra vez la escuadra inglesa, entró desatinado en Tolon, donde le esperaba el temor de la cólera del primer consul indignado de ver comprometida tan importante expedicion en el momento mismo del triunfo. Esta resolucion fatal perdió el Egipto, que pudo haberse salvado en aquel mismo dia.

(1) Véase un parte del almirante Warren, de 23 de abril de 1801, inserto en el *Monitor* de 27 de mesidor del año IX, número doble 296 y 297.)

En efecto . mientras que Ganteaume bordeaba entre la costa de Africa y Mahon, dos fragatas, la *Justicia* y la *Egipcia*, que habian salido de Tolon con municiones y cuatrocientos hombres de tropa, habian dirigido su rumbo al Este, y sin encontrar un solo buque inglés, habian entrado en Alejandria. Otras dos fragatas, la *Regenerada* y la *Africana*, que habian partido de Rochefort, acababan de atravesar el Occéano y penetrar por el estrecho en el Mediterráneo sin contratiempo alguno: pero desgraciadamente se habian separado. La *Regenerada* llegó á las aguas de Alejandria el 2 de marzo de 1801 (11 de ventoso del año IX). La *Africana* alcanzada durante la noche por una fragata inglesa, se detuvo para batirla. Llevaba á su bordo trescientos hombres de tropa que queriendo mezclarse en el combate, introdujeron un desórden horroroso, y despues de una lucha heroica fueron causa de su derrota, y de que fuese apresada por la fragata inglesa. Pero, como se ve, de cuatro fragatas, unas de las cuales habian salido de Tolon, y otras de Rochefort; tres que habian llegado sin contratiempo, habian hallado la costa de Egipto libre de la presencia del enemigo, y tan facilmente accesible que habian entrado sin disparar un cañonazo en el puerto de Alejandria. ¡Tan difíciles son los encuentros en la inmensidad de los mares! ¡tan provechosa puede ser en ellos la audacia á un oficial que quiera arriesgar su pabellon por el cumplimiento de un gran deber!

Ganteaume habia entrado en Tolon el 19 de febrero (30 de pluvioso), abrumado de fatiga, devorado de inquietud, y experimentando segun

escribia al primer consul, todos los tormentos juntos (1). Asi debia suceder, puesto que acababa de comprometer intereses de primer orden. El primer consul, naturalmente irritable, contenia dificilmente los ímpetus de su cólera cuando veia frustrados sus proyectos; pero conocia á los hombres, sabia que no era en el momento mismo de la accion cuando conviene darles señales de desagrado, porque en lugar de reanimarlos no se consigue otra cosa que acabar de infundir en su ánimo el desaliento; sabia que Ganteaume tenia necesidad de ser estimulado y sostenido, y no arrastrado á la desesperacion que todo el mundo temia entonces como el mayor de los males. Por tanto, lejos de abatirlo con sus reconvencciones, le envió á su ayudante de campo Lacuée, á fin de consolarle y reanimarle, á fin de poner á su disposicion tropas, víveres y dinero, y obtener en fin, que hiciera inmediatamente otra salida. Toda su severidad se limitó á censurarle dulcemente que hubiese dejado las aguas del Africa por las de las Baleares, atrayendo de este modo en su persecucion al almirante Warren.

Ganteaume era honrado, gran marino y excelente soldado. Pero su estado moral en aquel tiempo, prueba que la responsabilidad amilana á los hombres mucho mas que el peligro del cañon. Esto mismo es honroso para ellos, porque manifiesta que temen mucho mas comprometer los planes de que están encargados que su propia vida. Animado Ganteaume por el primer consul,

(1) Carta escrita el 19 de febrero (30 de pluvioso), en el mismo dia de su entrada en Tolon, y conservada en los archivos del ministerio de marina.

puso manos á la obra; pero perdió tiempo, ora para reparar las averias de sus buques, ora para esperar los vientos favorables. Quedaban, sin embargo todavía algunos instantes propicios. El almirante Warren se habia dirigido hácia Nápoles y Sicilia. El almirante Keith se aproximaba, es verdad, á Ahukir con el ejército inglés; pero no era imposible burlar su vigilancia y desembarcar las tropas francesas, ó mas allá de Abukir, es decir, en Damietta, ó mas acá, á veinte ó veinte y cinco leguas del Oeste de Alejandria, lo cual hubiera permitido á nuestros soldados volver al Egipto, por medio de algunas marchas por el desierto.

Mientras que las instancias del primer consul provocaban otra salida de Ganteaume, nuevas cartas despachadas desde París, apresuraban la organizacion de las escuadras de Rochefort, Ferrol y Cádiz, para hacer llegar socorros á Egipto por todas las vias á la vez. En fin, reanimado Ganteaume por las exhortaciones del primer consul mezcladas de frases afectuosas, se dió á la vela el 19 de marzo (28 de ventoso); pero en el momento de salir se encalló el navio *Constitucion*, y fué preciso esperar dos dias para volverlo á poner á nado. El 22 de marzo (1.º de germinal) aparejó de nuevo la escuadra con siete navios, muchas fragatas, y se dirigió hácia la Cerdeña sin ser vista por los ingleses.

De desear era que estos esfuerzos fuesen coronados por la fortuna, ó á lo menos parte de ellos, pues nuestro ejército de Egipto, entregado á sus únicos recursos, tenia que luchar con los soldados reunidos de Oriente y Occidente. Sin em-

bargo aunque reducido á sus pocas fuerzas, podia vencer á la muchedumbre de sus enemigos, como lo habia hecho en los campos de Abukir y de Heliópolis, si era bien dirigido. Desgraciadamente el general Bonaparte no estaba ya á su cabeza; Desaix y Kléber habian muerto.

Conviene dar á conocer ahora la situacion del Egipto, desde la funesta muerte de Kléber, cuya sola presencia, asi en las margenes del Rhin como en las del Nilo, bastaba para alentar á nuestros soldados, y hacerles olvidar los peligros, la miseria y los dolores del destierro. Es preciso describir el estado primeramente próspero de la colonia, y despues su desastre tan repentino, y es tanto mas necesario, cuanto que conviene presentar á los ojos de una nacion el espectáculo de sus reveses asi como el de sus victorias, para que puedasacar de unos y otras lecciones útiles. Ciertamente en medio de la prosperidad inaudita del Consulado, fruto de una conducta prudente y previsora no podria ni una desgracia oscurecer el brillo del cuadro que vamos á trazar; pero es preciso dar á nuestros guerreros y á nuestros generales mucho mas que á nuestros soldados, la cruel leccion contenida en los últimos dias de la ocupacion de Egipto. ¡Ojalá les haga reflexionar sobre su inclinacion demasiado frecuente á la desunion, sobre todo cuando una mano poderosa no los somete, ni vuelve contra el enemigo comun la actividad de su espíritu y la vivacidad de sus pasiones!

Cuando murió Kléber, el Egipto parecia sometido, despues de haber visto al ejército del gran visir disipado con una rapidez maravillosa, y reprimida en pocos dias por un puñado de sol-

dados la rebelion de trescientos mil habitantes del Cairo, los egipcios miraban á los franceses como invencibles, y consideraban su establecimiento en las márgenes del Nilo como un decreto del destino. Por otra parte, comenzaban á familiarizarse con sus huéspedes europeos, y á palpar que el nuevo yugo era mucho menos pesado que el antiguo, pues pagaban menos impuestos que bajo la dominacion de los mamelucos, y no recibian en la época de la percepcion del mirí bastonazos, como bajo el mando de sus correligionarios despojados. Murad-Bey, príncipe mameluco de caracter noble y caballeresco, y que habia concluido por someterse á los franceses, tenia en feudo el Alto Egipto. Mostrábase vasallosumiso, pagaba esactamente su tributo, y ejercia una esmerada policia en el Alto Nilo. Este era un aliado con que se podia contar. Una simple brigada de dos mil quinientos hombres, situada en las inmediaciones de Beni-Suef, y siempre dispuesta á replegarse sobre el Cairo, bastaba para contener al Alto Egipto; lo que era una gran ventaja, en atencion á las escasas fuerzas de nuestras tropas.

El ejército francés por su parte, habiendo participado del error de su general en la época del convenio de El-Arisch, y habiéndolo reparado con él en las llanuras de Heliópolis, estaba convencido de su falta, y no se hallaba dispuesto á reincidir en ella. Comprendiendo que debia estrecha cuenta á la República por tan brillante posesion, no pensaba ya en evacuarlo. Por otra parte, como el general Bonaparte se hallaba entonces ocupando el poder supremo, se esplicaba

asi mismo en aquel momento los motivos de su partida, y no le consideraba ya como un desertor. Creyéndose siempre presente á los ojos de su antiguo general, no tenia ya el menor recelo sobre su suerte futura. En efecto, gracias á la prevision del primer consul, que hacia fletar buques mercantes en todos los puertos, no pasaba semana sin que entrasen en Alejandria algunos buques mas ó menos grandes, que llevaban municiones, géneros de Europa, periódicos, correspondencias de familia y despachos del gobierno. A consecuencia de estas comunicaciones continuas, la patria estaba como presente á todos los espíritus. Sin duda se despertaba prontamente el dolor en todos los corazones cuando cualquiera ocasion venia á conmoverlos. En la muerte de Kléber, por ejemplo, cuando el general Menou tomó el mando, todos los ojos se volvieron otra vez hácia la Francia. Al presentar un general de brigada sus oficiales á Menou, le preguntó si pensaba volverlos algun dia á su patria. Menou le reprendió fuertemente; proclamó en la órden del dia su resolucion formal de conformarse con las intenciones del gobierno, que eran guardar siempre la colonia, y todos los corazones se sometieron de nuevo. Pero sobre todo, el general Bonaparte ocupaba el poder, y esta era para los antiguos soldados de Italia la mejor razon para confiar, y la principal garantia para sus esperanzas.

El ejército estaba sobradamente atendido y los géneros á bajo precio. En vez de pagar al soldado en viveres, se le pagaba en dinero. No se le daba mas que el pan en especie, y de este modo gozaba el beneficio de la baratura, y vivia en la mayor

abundancia, comiendo frecuentemente gallina en lugar de carne del matadero. Faltaba paño, pero en atención al calor del clima, se suplía para una parte del vestido, con tela de algodón de que abundaba el Egipto. Por lo demás, se había tomado todo el paño que había llevado el comercio al Oriente, cualquiera que fuese su color, resultando de aquí alguna diversidad en el uniforme, y viéndose por ejemplo, regimientos vestidos de azul, de encarnado y de verde; pero al fin, el soldado estaba vestido que era lo que más importaba. El sabio coronel Conte, prestaba al ejército grandes servicios con la fecundidad de sus invenciones. Había llevado consigo la compañía de los aeróstatas, resto de los aeróstatas de Fleurus. Era esta una reunión de operarios de todas las profesiones organizadas militarmente. Con su socorro había establecido en el Cairo máquinas de tejer, batanar y tundir los paños, y como no faltaba la lana, se esperaba que pronto se pudiera suplir completamente á los tejidos de Europa. Lo mismo sucedía con la pólvora, Las fábricas establecidas en el Cairo por Mr. Champy, producían ya una cantidad suficiente para todas las necesidades de la guerra. El comercio interior se restablecía de una manera palpable. Las carabanas bien protegidas comenzaban á venir del centro del Africa. Los árabes del mar Rojo se dirigían á los puertos de Suez y de Cosseiv, donde cambiaban café, perfumes y dátiles, por trigo y arroz de Egipto. Los griegos, aprovechándose del pabellon turco, y más ágiles que los cruceros ingleses, traían á Damietta, Roseta y Alejandría, aceite, vino y otros géneros. En una palabra, no se carecía de nada en el presente, y se pre-

paraban grandes recursos para el porvenir. Los oficiales, viendo que la ocupación definitiva del Egipto, era cosa resuelta, tomaban sus disposiciones para establecerse allí lo menos tristemente posible. Los que vivían en Alejandría ó en el Cairo, y este era el mayor número, habían hallado allí alojamientos cómodos. Mujeres sirias, griegas y egipcias, las unas compradas á los mercaderes de esclavos, y las otras obedeciendo á una inclinación voluntaria, habían venido á compartir con ellos sus moradas. La tristeza estaba desterrada. Dos ingenieros habían construido un teatro en el Cairo y los mismos oficiales representaban en él piezas francesas. Los soldados no vivían peor que sus gefes, y gracias á esa facilidad del carácter francés, á familiarizarse con todas las naciones, se les veía fumar y tomar café, en compañía de los turcos y de los árabes.

Los recursos rentísticos del Egipto, bien administrados, permitían satisfacer todas las necesidades del ejército. El Egipto había pagado bajo la dominación de los mamelucos, según el rigor mas ó menos grande empleado en la exacción, de treinta y seis á cuarenta millones. En la actualidad no pagaba mas de veinte á veinte y cinco millones, y la recaudación era menos dura. Estos veinte y cinco millones, bastaban á los gastos de la colonia, por que todos estos gastos reunidos, no escedían de un millon setecientos mil francos al mes, es decir, veinte millones cuatrocientos mil francos al año. Mejorando el tiempo la recaudación, y haciéndola mas exacta y mas dulce á la vez, debía aliviar las cargas de la población, y aumentar la riqueza al ejército, No era imposible crear un

escedente de tres á cuatro millones al año, que hubiese servido para formar un pequeño tesoro, ora para subvenir á las circunstancias, extraordinarias ora para ocurrir á las construcciones de utilidad ó de defensa. El ejército constaba todavia de veinte y cinco á veinte y seis mil individuos, incluyendo las administraciones, las mugeres y los hijos de muchos militares y empleados. En este número, se podian contar veinte y tres mil soldados, entre los cuales habia seis mil, que aunque menos útiles, se hallaban en estado de defender la ciudadela, y diez y siete ó diez y ocho mil sanos, robustos y capaces del servicio mas activo. La caballeria era excelente; igualaba á los mamelucos en bravura, y los sobrepujaba en disciplina. La artilleria de campaña era rapida y bien servida. El regimiento, montado en dromedarios, habia llegado al mas alto grado de perfeccion. Recorria el desierto con una rapidez extraordinaria, y habia hecho que los árabes desistieran completamente del pillage. La pérdida corriente en hombres, era poco considerable, pues de veinte y seis mil individuos, solo habia entonces seiscientos enfermos. Sin embargo, suponiendo todavia una guerra larga, habria acaso faltado gente; pero los griegos se apresuraban á alistarse, y los coptos tambien. Los mismos negros comprados á muy bajo precio, y notables por su lealtad, formaban excelentes reclutas. El ejército hubiera podido con el tiempo recibir en sus cuadros, de diez á doce mil soldados, fieles y valientes. Confiado hasta el exceso en su valor y en su esperiencia guerrera, no dudaba de que podria arrojar á la mar á los turcos, ó á los ingleses que se le enviasen de Asia ó de

Europa. Es indudable que aquellos diez y ocho mil hombres, bien mandados, reunidos á tiempo, y trasladados en masa contra tropas nuevamente desembarcadas, debian á todo trance quedar dueños de las playas de Egipto; pero para esto era necesario que estuviesen bien dirigidos: tal era la condicion de triunfo para aquel ejército como para cualquiera otro.

Supongamos á Kléber, ó mas bien á Desaix, al prudente y aguerrido Desaix en Egipto, de donde le sacó desgraciadamente el tierno afecto del primer consul; supongámosle escapando del puñal musulman, y gobernando el Egipto durante algunos años, ¿quién puede dudar de que lo habria convertido en una colonia floreciente y que habria fundado allí un imperio soberbio? Un clima sano, sin una sola fiebre, una tierra de una fertilidad inagotable, habitantes sumisos y como adheridos al terreno, reclutas voluntarios, ¿cuánta superioridad de condiciones sobre el establecimiento que hoy fundamos en Africa!

Pero en lugar de Kléber, en lugar de Desaix, era Menou el general en jefe del ejército por derecho de antigüedad. Desgracia irreparable para la colonia y falta gravísima por parte del primer consul, fué no haberle reemplazado oportunamente. ¿Y qué razon se alega para disculpar esta falta de acierto en el primer consul? Que no estando seguro de hacer llegar á tiempo una orden á Egipto, temia que si el despacho que contenia el nombramiento de un nuevo general caia en poder de los ingleses, se servirian de él para desorganizar el mando, pues hubieran publicado que Menou estaba destituido, y no hubieran trasmiti-

do la órden que le daba un sucesor, quedando de esta suerte incierto el mando por espacio de algun tiempo mas ó menos largo. Sin embargo, este motivo no bastaria á disculpar al primer consul, si hubiera podido conocer la profunda incapacidad de Menou bajo el aspecto militar. Una razon le decidió en favor de este general, y era su conocido celo por la conservacion y colonizacion del Egipto. Menou en efecto, habia resistido vivamente el proyecto de evacuacion, combatido la influencia de los oficiales del Rhin, y declarándose en una palabra, gefe del partido colonista, llevando su entusiasmo hasta el punto de convertirse al islamismo, y casarse con una muger turca adoptando el nombre de Abdallah Menou. Estas rarezas hacian reír á nuestros soldados, naturalmente burlones, pero no perjudicaban al establecimiento en la opinion de los egipcios. Menou tenia inteligencia, instruccion, grande aplicacion al trabajo y aficion á los establecimientos coloniales; en fin, todas las cualidades de un administrador, pero ninguna de las cualidades de un general. Desprovisto de esperiencia, de tacto y de resolucion, era por otra parte completamente desgraciado bajo el aspecto físico, pues tenia mucha gordura, la vista muy débil y montaba torpemente á caballo. Era fin, un gefe mal escogido para soldados tan activos y tan arrojados como los nuestros. Ademas carecia de carácter, y dividiéndose los gefes del ejército bajo su autoridad débil, pronto se dejaron sentir los efectos de las mas funestas discordias.

En tiempo del general Bonaparte no hubo en Egipto mas que un espíritu y una sola voluntad.

En tiempo de Kléber hubo por un momento dos partidos, colonistas y anti-colonistas, los que se querian quedar y los que querian partir; pero despues de la afrenta que los ingleses quisieron hacer á nuestros soldados, afrenta gloriosamente vengada en Heliópolis, despues de la necesidad reconocida de permanecer, todo volvió á entrar en órden. Bajo la autoridad imponente de Kléber, hubo union y órden; pero trascurrió muy poco tiempo entre la victoria de Heliópolis y la muerte de Kléber. Desde que Menou tomó el mando desapareció la union completamente.

El general Reynier, buen oficial de estado mayor, que como tal, habia hecho muy buenos servicios en los ejércitos del Rhin, pero frío, sin accion sobre los soldados, gozaba sin embargo de la estimacion universal, siendo considerado como uno de los oficiales mas dignos de figurar á la cabeza del ejército. Despues de Menou era el mas antiguo. En el mismo dia de la muerte de Kléber, se suscitó un vivo altercado entre Reynier y Menou, no para disputarse el mando, sino por el contrario, para declinar su carga. Ninguno de los dos queria aceptarlo, y en efecto, la situacion era espantosa en aquel dia creyendo todos que la puñalada á que habia succumbido el general Kléber, era la señal de una vasta sublevacion, organizada en todo el Egipto por la influencia de los turcos y de los ingleses. Debia, pues, temerse mucho la pesada responsabilidad del mando en circunstancias tan criticas. Menou cedió, sin embargo á las instancias de Reynier y de los demas generales, y consintió en ser el gefe de la colonia. Pero ilustrados bien pronto,

sobre la verdadera situación, por la tranquilidad profunda que siguió á la muerte de Kléber, no tardó en ser codiciado el mando que poco antes habia sido desechado. El general Reynier deseó, pues, lo que habia principiado por no querer. Bajo un exterior frio, modesto, y hasta tímido, ocultaba una vanidad profunda. La autoridad de Menou le llegó á ser insoportable. Prudente y sumiso hasta entonces, se mostró luego murmurador y quisquilloso. En todo hallaba defectos. Menou habia aceptado el mando á instancias de sus mismos compañeros de armas, adoptando el título de *comandante en jefe interino*: Reynier criticó el título tomado por Menou. En los funerales de Kléber, Menou habia designado los cuatro ángulos del féretro á los generales de division, y se habia colocado detrás á la cabeza del estado mayor; Reynier decia, que esto era darse importancia de virey. Menou habia encargado al ilustre Fourier que hiciera el elogio de Kléber: Reynier sostenia que era un desprecio á la memoria de Kléber hacer que lo elogiara otro. La demora en una suscripcion abierta para erigir un monumento á Kléber, dificultades sobre la sucesion de este general, bien mezquina por cierto, como la de los nobles guerreros de aquella época; todas estas puerilidades y otras muchas fueron interpretadas por Reynier y por los que seguian su ejemplo, de la manera mas injusta y odiosa. Citamos estas miserias que serian indignas de la historia, si su misma pequeñez no fuese instructiva, mostrando hasta qué punto puede descender el descontento sin motivo. Reynier, pues, llegó á ser un lugar-teniente insubordinado, necio y culpable. Agregósele el

general Damas, amigo de Kléber, jefe del estado mayor general, y que abrigaba en su corazon todos los celos del ejército del Rhin contra el ejército de Italia. La oposicion residió desde entonces en el seno del estado mayor. Menou no quiso sufrirla tan cerca de sí, y resolvió quitar al general Damas el puesto que este habia ocupado en tiempo de Kléber.

Desconcertados los opositores trataron de parar el golpe, enviando para negociar con Menou al prudente y bravo general Friant, que consagrado únicamente á sus deberes y extraño á todas las divisiones, no se mezclaba en ellas sino para tratar de apaciguarlas. Menou mas firme que de costumbre, no cedió, y reemplazó al general Damas con el general Lagrange. Desde entonces se vió incomodado de menos cerca por sus enemigos, pero no por eso quedaron menos irritados, antes por el contrario estalló mas escandalosa y alarmante la discordia entre los jefes del ejército. Los hombres sensatos deploraban las tristes consecuencias que podian resultar para el mando; consecuencias funestas siempre, pero mucho mas entonces por hallarse distantes de la autoridad suprema y colocados en medio de peligros continuos.

Menou, mal general, pero administrador laborioso, trabajaba dia y noche en lo que él llamaba la organizacion de la colonia. Hizo buenas cosas, tambien las hizo malas, pero sobre todo hizo demasiado. Ocupóse primeramente en establecer suma regularidad en los pagos, empleando para este uso la contribucion de diez millones, impuesta por Kléber á las poblaciones egipcias,

como castigo de la última rebelion. Este era un medio de mantener contento y sumiso al ejército, pues al celebrarse el convenio de El-Arich, se habian notado en él algunos movimientos de insubordinacion provocados en parte por la tardanza que advertian en el pago de sus haberes. Asi es que con sobrada razon miraba Menou el pago puntual de lo que se debia al soldado como una garantía de orden. Pero tomó el empeño temerario de pagar el haber del soldado, siempre, antes de todo otro gasto, olvidando los casos forzados que la guerra podia producir. Dedicó muy particularmente su celo á mejorar el pan de las tropas y logró que llegara á ser esceleute. Organizó los hospitales y se aplicó con sumo cuidado á introducir el orden en la contabilidad. Menou era bastante integro, pero algo inclinado á la declamacion. Espresó tan frecuentemente en sus órdenes del dia la intencion de restablecer la moralidad en el ejército que ofendió á todos los generales, quienes preguntaban con reseatimiento si antes de Menou estaba todo entregado al pillage, y si la honradez entre ellos databa solamente desde que se encargó del mando. Verdad era, en efecto, que se habian cometido muy pocas malversaciones desde la ocupacion del Egipto. Habiahe hecho, despues de la violacion del convenio de El-Arich, una presa considerable en el puerto de Alejandria; era esta la de los muchos buques venidos bajo pabellon turco, para trasportar el ejército á Francia, y casi todos cargados de mercancias. Una comision estaba encargada de venderlos en provecho del tesoro de la colonia. Menou desaprobó las operaciones de la comision

y del general Lanusse, que mandaba en Alejandria; llamó á este de una manera que no podia menos de ofender su carácter, reemplazándolo con el general Friant, y por consiguiente al volver al Cairo vino á aumentar el número de descontentos. Menou no se satisfizo con esto; quiso cambiar el sistema de las contribuciones, y bajo este concepto cometió gravisimas faltas. Es indudable que se podia hacer mas tarde una reforma en la hacienda del Egipto, pues con una reparticion equitativa del impuesto territorial, y con algunas tarifas bien entendidas sobre los consumos, era fácil aliviar al pueblo egipcio, y aumentar considerablemente las rentas de la autoridad pública; pero en aquel momento, espuestos como estaban á los ataques de fuera, no convenia crear dificultades dentro, y hacer experimentar á la poblacion cambios, cuyo beneficio no podria por el pronto conocer y apreciar debidamente. Percibir con mas orden y equidad los antiguos impuestos, bastaba para establecer entre los mamelucos y los franceses una comparacion de todo punto ventajosa á estos últimos, y para alimentar larga y profusamente el tesoro del ejército. Menou imaginó un catastro general de las propiedades, un nuevo sistema de impuesto territorial, y sobre todo la esclusion de los coptos, que en Egipto eran los arrendatarios de las rentas, y representaban poco mas ó menos el papel que los judios representaban en el Norte de Europa. Estos proyectos, buenos para el porvenir, eran muy malos para el presente; por fortuna, Menou no tuvo tiempo de poner todo su plan en ejecucion, pero tuvo bastante para crear

contribuciones nuevas. Los cheiks *El-Beled*, magistrados municipales del Egipto, recibían en ciertas épocas la investidura del poder municipal, y obtenían algunos regalos de pieles ó chales de la autoridad que los investía. Ellos correspondían á estos dones con presentes de caballos, camellos y carneros. Los mamelucos renovaban esta ceremonia lo mas frecuentemente posible, por ser ocasion de mucho lucro para ellos, y aun algunos la habian convertido en una prestacion de dinero.

Menou resolvió generalizar esta medida y hacerla estensiva á todo el Egipto. Impuso á los cheiks *El-Beled* una contribucion que podia subir á dos millones y medio. Seguramente eran bastante ricos para pagarla, y aun para muchos de ellos este impuesto regular era un verdadero alivio; pero egercian una influencia muy grande en las dos mil quinientas poblaciones sujetas á su autoridad, y era esponerse á volverlas contra si, someterlas á un impuesto absoluto, uniforme, sin compensacion, que arrastraba por otra parte la supresion de una costumbre cuyo efecto moral era tan util y ventajoso. Animado Menou del deseo de asemejar el Egipto á la Francia, á lo cual llamaba él civilizarlo, imaginó un nuevo sistema de arbitrios. El Egipto tenia sus impuestos sobre los consumos, que se percibían en los *okels*, especie de almacenes, donde se depositan en Oriente todas las mercancías que se trasportan de un lugar á otro. Este sistema de percepcion era sencillo y fácil, Menou lo convirtió en un impuesto que se habia de cobrar en las puertas de las ciudades, que eran poco numerosas en Egipto. Ademas del desórden y alteracion que esto pro-

ducía en los hábitos del pais, el objeto inmediato fué encarecer los géneros en las guarniciones, pesar parte de esta carga sobre el ejército, y escitar nuevos motivos de murmuracion y descontento. En fin, Menou resolvió hacer contribuir á los comerciantes ricos que se libertaban de las cargas públicas, cuales eran los coptos, los griegos, los judios, los damasquinos, los francos, etc.; y les impuso una capitacion de dos millones quinientos mil francos anuales. La carga no era demasiado pesada seguramente, sobre todo para los coptos, enriquecidos con el arriendo de los impuestos; pero estos últimos habian sido muy mal tratados en la rebelion del Cairo; ademas habia necesidad de recurrir á ellos, cuando se queria tomar prestada alguna suma de dinero. No era, pues, prudente enajenárselos, asi como tampoco á los comerciantes griegos y europeos, que identificados con nuestras costumbres y nuestros usos, debian ser nuestros medianeros naturales para con los egipcios. En fin, Menou creó un impuesto sobre las sucesiones que quiso hacer estensivo al mismo ejército, lo cual llegó á ser nuevo motivo de queja para los descontentos.

Menou, como todos los colonizadores poco ilustrados, y mas inclinados á obrar pronto que á obrar bien, poseia en alto grado esa manía de equiparar una colonia con la metrópoli, y creer que vejándola se la civiliza. Para acabar la obra, creó un consejo privado, no compuesto de cuatro ó cinco gefes de servicio, sino de unos cincuenta empleados civiles y militares de diferentes graduaciones, lo cual era un verdadero parlamento que el ridículo impidió reunir. Añadió, pues, á todo